

nias, como «vacas en una vaquería,» según decía tudescamente Madama: «Una hace que le lleve una mesa, otra su labor, la tercera le da cualquier encargo, y él se está de pie ó sentado en un pequeño taburete, mientras todas las jóvenes damas permanecen tendidas ó en una butaca, atravesadas, ó en una camilla.»

Los hijos naturales (1) vivían en la intimidad del rey. El duque del Maine, nacido en marzo de 1670, y el conde de Tolosa, nacido en junio de 1678, hallábase colmados de honores y de riquezas. «No hay en toda Francia señores más ilustres y más ricos que el duque del Maine, su hermano y sus hijos.»

El conde de Tolosa, muy dedicado á su cargo de gran almirante, era algo «corto», pero honrado, y «á pesar de una frialdad natural, pero glacial,» era amado y respetado por todo el mundo, muy al contrario de su hermano.

El duque del Maine, según refiere Saint-Simón, se parecía como una gota de agua á otra al demonio, por su ingenio, por su perfidia, por su perversidad, por su orgullo, por su doblez «exquisita,» por sus gracias y por su atractivo; aparte de esto, era cobarde en la corte como en la guerra, «supremamente hipócrita» y devoto con ostentación, y vivía muy retirado, «á lo salvaje,» «á fin de hacer creer al rey que no tenía miras ni ambiciones.» Quizás era más que nada un tímido, molestado por la bastardía, más incómoda para él que para sus hermanas, las cuales por sus casamientos habían llegado á ser verdaderas princesas; y molestado más aún por su mujer, la nieta del gran Condé, que tenía tanto ingenio como su marido, pero que además, era «excesivamente animosa, emprendedora y audaz,» viva de genio, arrebatada y tan «furiosa» que se la llamaba *Doña Salpetria*. Aquella mujer no podía vivir como todo el mundo; se acostaba á las cuatro de la madrugada, se levantaba á las tres de la tarde, comía á las cuatro, cenaba á media noche, era apasionada del teatro y de las ciencias, y recibía lecciones nocturnas de matemáticas de un profesor vestido de bata y con gorro de dormir. La señora de Maintenón hubiera querido amarla, por ser la esposa del duque del Maine, y alababa su belle-

za, su amabilidad, su alegría y su ingenio; pero aquella joven «no tiene una sola vena que tienda á la piedad,» y no hace el género de vida que debiera para ser agradable á Dios y al rey. «Si también ésta se me escapa, dice en conclusión la anciana señora, quedaré descansada y persuadida de que no es posible que el rey encuentre en su familia una mujer que siga la senda del bien.»

En efecto, la bella Conti, que había nacido en 1666 y enviudado en 1685, habíase descariado; una pasión que sintió por un abanderado de los gendarmes de la guardia dió gran escándalo. No era mejor la duquesa de Borbón, Madama la duquesa. No cabían peores maneras que las de esas legitimadas (2). Quedábale al rey por casar una hija de la señora de Montespán, y en 1692 se la dió por esposa á su propio sobrino, el duque de Chartres. Monsieur habíase resignado á esa boda; pero, según refiere Saint Simón, Madama abofeteó á su hijo cuando se le presentó después de resuelto el asunto. La señora de Maintenón lamentábase de que la duquesa de Chartres fuese una perezosa y no aprovechase su talento como hubiera debido. Bien es verdad que añadía: «Su conducta es bastante buena;» pero Madama escribía, en la misma fecha: «La esposa de mi hijo es una mujer desagradable; se emborracha tres ó cuatro veces por semana como un curtidor.»

Monsieur (3) proseguía su existencia de paseante inútil, sus habladurías insubstanciales (la señora de Maintenón temía verle llegar á la hora de su comida porque preguntaba sobre lo que se comía y lo que se dejaba de comer), sus interminables partidas de juego, su vergonzoso libertinaje; y Madama hacía una vida aparte, siempre refunfuñando, malévolamente verídica y furiosa de ver que en la corte se la trataba menos bien que á las bastardas, las cuales, por la noche, eran admitidas «en la intimidad del rey,» al paso que á ella le daban con la puerta en las narices (4).

El duque de Chartres, nacido en agosto de 1674, dejó comprender desde muy niño que sería un personaje extraño, muy complicado, y su madre, que le adoraba, pero que le veía tal cual era, sentía por él cierta

(1) CUADRO GENEALÓGICO DE LOS BASTARDOS DE LUIS XIV

De la señorita de La Valliere.	{ Luis, 1667-1683 (conde de Vermandois). María Ana, 1666-1739 (señorita de Blois); se casó con Luis Armando de Borbón-Conti. Un hijo, muerto en la infancia, no legitimado.
De la señora de Montespán.	{ Luis Augusto, 1670-1736 (duque del Maine); se casó con Luisa Benedicta de Borbón-Condé (señorita de Charolais). Luisa Francisca, 1673-1743 (señorita de Nantes); se casó con Luis de Borbón-Condé. Francisca María, 1677-1749 (señorita de Blois); se casó con Felipe de Chartres, que luego fué duque de Orleans. Luis Alejandro, 1678-1737 (conde de Tolosa). Cuatro hijos que murieron en la infancia.

(2) Véanse págs. 349-350.

(3) Véanse págs. 350-351.

(4) DESCENDENCIA DE FELIPE DE ORLEANS (MONSIEUR)

De su primer matrimonio con Enriqueteta Ana de Inglaterra.	{ María Luisa, 1662-1689; se casó con Carlos II, rey de España. Ana María, 1669; se casó con Víctor Amadeo, duque de Saboya. Dos hijos que murieron en la infancia.
De su segundo matrimonio con Carlota Isabel de Baviera, princesa palatina.	{ Felipe, duque de Orleans (el Regente), 1674-1723; se casó con Francisca María de Borbón (señorita de Blois). Isabel Carlota, 1676; se casó con Leopoldo José, duque de Lorena. Un hijo que murió en la infancia.

inquietud: «Es un buen muchacho, decía, tiene buen corazón» y también mucho talento; sabe muchas cosas, dice sin pedantería lo que sabe, y habla claramente. Tiene «gran genio para todo cuanto se refiere á la pintura,» tan grande, que Coypel, que fué su maestro, declara que «todos los pintores deben considerarse dichosos de que sea tan ilustre señor, pues si fuese un simple mortal les sobrepasaría á todos.» Ama con locura la música y es capaz de componer óperas; se instruye en las ciencias y mientras otros se divierten tirando tiros, él «se entretiene destilando.» Sin embargo, es aficionado á la guerra é inteligente en ella, habiendo demostrado sus aptitudes militares en Mons, Lens, Namur y Nerwinde. Desgraciadamente no le gusta la buena sociedad; Madama quisiera «que le agradase más el trato con las gentes de calidad que con los cómicos, pintores y médicos;» con éstos habla de buen grado; con los otros «baja la cabeza, se muerde las uñas y no dice una palabra.» El duque de Chartres se aburre en Versalles; por esto va á menudo á París y allí «vive á lo calavera,» se emborracha hasta el punto de no saber lo que hace ni lo que dice y está siempre entre mujeres. En 1700 tuvo á la vez un hijo y una hija. «Mi hijo, escribe Madama, fué ayer á París á ver á sus paridas; su comediante se ha portado mejor que la señora de Chartres, puesto que tiene un varón. Es una desgracia que todos los bastardos de mi hijo sean varones y todos sus hijos legítimos hembras.» En aquella fecha, el duque de Chartres no tenía más que tres hijas; su hijo Luis, abuelo de Felipe Igualdad, no nacerá hasta 1703. Finalmente ese príncipe es un libertino y un ateo.

Tal era la familia real (1) en los comienzos del siglo XVIII. Sus defectos y sus miserias no trascendían al público y antes al contrario parecía arrogante y segura del porvenir, de lo que el rey estaba muy contento. En el momento en que casó á su hijo Luis XIV había escrito que «después que Dios había bendecido, como lo había hecho, su gobierno y sus armas, el único cuidado que le quedaba era procurarse sucesores que pudiesen, siguiendo su ejemplo y animados del mismo amor á sus pueblos, perpetuar en lo porvenir la felicidad de que éstos gozaban bajo su reinado y conservar con la misma gloria el alto grado de grandeza y de poder á que él había elevado su corona. «El nacimiento de los tres hijos del Delfín había desvanecido aquel «único cuidado.» Dangeau refiere que un día de agosto de 1695, los duques de Borgoña, de Anjou y de Berri asistieron á la comida del rey, el cual, dice, «nos habló gozoso de que el duque de Borgoña sería mayor de edad dentro de seis días, de que no había que temer una menor edad

(1) Los Condé y los Conti viven en una semidesgracia desde la muerte de Condé acaecida en 1686. Enrique Julio, hijo del gran Condé, muere en 1709, dejando una porción de hijos; una de sus hijas, Luisa Benedictina de Borbón, se casó con el duque del Maine. — Su hijo Luis III, esposo de la señorita de Nantes (Madama la Duquesa), murió en 1710. — El hijo de Luis III, Luis Enrique, futuro primer ministro de Luis XV, nació en 1692.

Luis Armando, hijo del primer príncipe de Conti, sobrino del gran Condé, esposo de una La Valliere, fallecido en 1685, no tuvo hijos. — El hijo segundo de Francisco Luis, que á la muerte de su hermano tomó el título de príncipe de Conti, combatió en Fleurus, en Steinkerque y en Nerwinde. Elegido rey de Polonia en 1697, hizo una tentativa inútil para establecerse en aquel país; murió en 1709. Saint-Simón ha hecho de él uno de sus mejores retratos. Dejó un hijo, Luis Armando, nacido en 1695.

en Francia y de que, desde que existía la monarquía nunca se había visto á la vez al abuelo, al padre y al hijo en edad de gobernar el reino.» El monarca veía perpetuarse su raza *de progenie in progeniem*.

El advenimiento del duque de Anjou al trono de España señaló en la historia de los Borbones el apogeo de la fortuna. La familia y la corte se entusiasmaron y un grito de alegría salió de todos los pechos cuando el rey, mostrando su nieto á los cortesanos reunidos en la gran galería pronunció la frase: «Señores, he aquí al rey de España.» Y cuando todo el mundo hubo besado la mano al joven monarca, su abuelo le dijo: «Vamos á dar gracias á Dios. Venga Vuestra Majestad á misa;» y una vez en la capilla le hizo arrodillar en su propio reclinatorio. Después de comer, el rey Felipe fué á Meudón á visitar á su padre; éste, que se hallaba en el jardín, echó á correr hasta la antecámara, adonde llegó jadeante: «Bien veo, dijo, que no se puede jurar nada, porque yo habría jurado que jamás me sofocaría saliendo á recibir á mi hijo, el duque de Anjou, y sin embargo, vengo sin aliento.» Terminada la visita, el Delfín acompañó hasta la carroza á su visitante, quien estaba turbado de ver que su padre le trataba á lo rey. Sólo en aquella ocasión mostróse «sensible» el Delfín, el cual decía que no había ningún otro príncipe que tuviese la suerte de poder decir: «el rey, mi padre, y el rey, mi hijo.» El duque de Borgoña alegróse del honor dispensado á su hermano; el duque de Berri lamentábase de la suerte que le aguardaba: «Soy muy desgraciado; no espero ser rey como mis hermanos, y con la marcha de mi hermano, el duque de Anjou, todos los ayos y subayos caerán sobre mí como si no fuesen ya demasiados los que tengo.» Pero esto lo decía en broma; también él estaba contento, pues los tres hermanos, aunque algunas veces se peleaban, queríanse mucho. Sin embargo el más feliz y el más radiante de todos era el anciano rey; para la familia de Borbón había llegado á ser una verdad el *Nec pluribus impar*. En la sencillez de esta frase: «Señores, he aquí al rey de España,» encerrábase un hermoso orgullo.

Versalles estaba terminado una vez construídas sus largas alas. Saint Simón cree que se trató de elevarlo, pues Mansart no habría edificado la capilla tan alta si no hubiese tenido la esperanza de inducir al rey á levantar un piso más en todo el palacio, lo que probablemente habría logrado de no haber sobrevenido la guerra. Pero Versalles ya no satisfacía á Luis XIV: «El rey, cansado de lo bello y de la multitud, convenciéndose de que á veces le agradaba lo pequeño y la soledad.» En su consecuencia, buscó un sitio, no muy lejos, para edificar, desdeñando para este objeto las colinas desde donde la mirada descubre la llanura por donde el Sena serpentea; las vistas naturales no le agradaban, como lo prueba el hecho de haber abandonado, después de haber gastado mucho dinero en él en los primeros tiempos de su gobierno, Saint Germain, «sitio único para juntar las maravillas de la vista, inmenso terreno llano inmediato á un bosque, único también por la belleza de sus árboles.» En un valle profundo, pantanoso, que fué preciso desecar y terraplenar, hizo construir por de pronto la ermita de Marli (2), adonde pensaba ir dos ó tres

(2) Véase anteriormente.

veces al año, permaneciendo allí desde el miércoles al sábado con una docena de cortesanos, «los más indispensables;» pero sucedió con Marli lo que había sucedido con Versailles, es decir, que la ermita fué agrandada y las colinas desmontadas para hacer sitio y proporcionar vista, una vista creada por el rey, y que se realizaron continuas transformaciones. En Marli, decía Madama, «parece que trabajan las hadas, pues allí donde yo había visto un gran vivero, he encontrado una selva ó un bosque; donde había una gran plaza y un columpio, he contemplado un vasto estanque en el que esta tarde se echarán unas ciento treinta carpas extraordinariamente hermosas.» Para el rey constituía un gran obsequio el que le regalasen carpas, entre las cuales escogía los pobladores de sus estanques. Poco á poco fueron siendo más frecuentes las estancias en Marli y se dieron allí algunas fiestas; el ser admitido en éstas fué considerado siempre como una distinción que el rey quería que se solicitase de él diciéndole á su paso: «Señor, Marli!» Los invitados eran en gran número, y además muchos visitantes eran recibidos para jugar y tomar parte en los festejos.

Trianón, situado más cerca de Versailles, habíase convertido, de «casa de porcelana para tomar un refrigerio,» en «palacio de mármol, de jaspe y de pórfido,» en donde comía el rey de vez en cuando, sentando á su mesa á las damas invitadas, lo que constituía un honor muy solicitado. Pero aparte de esto, la casa, por sí sola, con sus jardines, era bastante para agradar á cualquiera: la señora de Maintenón la calificaba de lugar delicioso, de palacio encantado y perfumado; y la señora de los Ursinos, en la época en que habitaba en Versailles, paseábase por allí por las mañanas y por las tardes, respirando «los perfumes que allí hay,» admiraba «todas las bellezas del palacio y de los jardines con placer extremo,» y decía también que era «un sitio encantado.»

Enfrente de Trianón, al otro lado de la encrucijada del canal, estaba la casa de fieras, «toda ella de exquisitas bagatelas y provista de toda clase de animales rarísimos de dos y de cuatro patas,» y junto á ella una casa para descansar y tomar un refrigerio. El pabellón, cedido en 1698 á la duquesa de Borgoña, fué agrandado y convertido en un pequeño palacio, con habitaciones de invierno y de verano, que decoraron artistas ilustres. La princesa iba allí á descansar, y en una granja contigua se entretenía en las labores propias de una campesina. Aquella corte se hastiaba de lo grandioso y de lo solemne, y su último artificio había de ser amar la sencillez y fabricar naturalidad. Pero aquel conjunto de caprichos regios, Versailles, Marli, Trianón y aun el Clagni de la señora de Montespán, excitaban la admiración del propio Saint-Simón. «Ni el Asia ni la antigüedad ofrecen nada tan vasto, tan multiplicado, tan trabajado, tan soberbio, tan lleno de los monumentos más raros de todos los siglos, de los mármoles más exquisitos de toda clase, de bronce, pinturas, esculturas...»

La corte aumentaba de día en día, puesto que crecía el número de príncipes y princesas con casa. El desorden que se observaba en ella, bajo solemnes apariencias durante el período brillante del reinado (1), agravóse

(1) Véase pág. 354.

después de la muerte de María Teresa. Por muy insignificante que fuese esta reina, al fin y al cabo era la reina, y delante de ella había que contenerse; muerta ella, la corte de Luis XIV, no obstante la presencia de la señora de Maintenón, fué una corte de viudo. Pero el desorden procedía de la ineptitud francesa para someterse á las reglas de una disciplina: «Nuestra corte, decía el barón de Breteuil, introductor de embajadores, es, de todas las de Europa, la que menos atención presta á las ceremonias y menos se preocupa de ellas (2).» Todos los «actos ceremoniosos» se realizaban en ella mal porque nadie se tomaba el trabajo de organizarlos con tiempo, y para librarse de las confusiones tumultuosas que á cada circunstancia extraordinaria se producían, era preciso, aun siendo una gran princesa como Madama, tener «buenas piernas y sólidos muslos.» El día en que se casó Monseñor, Madama fué llevada por la multitud sin que sus pies tocaran al suelo; cuando llegó á Fontainebleau la duquesa de Borgoña vió cómo la señora de Nemours y la mariscal de La Motte, empujadas «á reculones á lo largo de la cámara,» caían sobre la señora de Maintenón, á la que ella sostuvo con el brazo, sin lo cual todas aquellas damas habrían caído como un castillo de naipes; y el día de la boda del duque de Borgoña hubo tal aglomeración de gente á las siete en la cámara del rey, que éste, que salía de las habitaciones de la señora de Maintenón, hubo de esperar un cuarto de hora á que toda aquella multitud saliese para poder entrar en su aposento. Hasta en los días de duelo los pésames se daban en tumulto, en medio de una «confusión indecente.» En el instante en que Felipe V se despidió llorando de su abuelo, que también lloraba, llamó la atención, como «una cosa rara,» el silencio de la corte. Finalmente, el servicio de policía de la casa del rey se hacía tan mal, que en 1700 Luis XIV hubo de «distribuir en el palacio cincuenta suizos para prender á los individuos que en él pordioseaban.»

Lo más extraordinario es que el rey dejara que se relajasen las reglas del respeto.

«Ya no sabe uno lo que es, exclama Madama; cuando el rey se pasea, todo el mundo se cubre; si la duquesa de Borgoña sale de paseo, da el brazo á una dama y las demás caminan á su lado, de manera que no se distingue quién es. Aquí, en Marli, en el salón, y en Trianón, en la galería, todos los hombres permanecen sentados delante del señor Delfín y de la señora duquesa de Borgoña y aun algunos están tendidos enteramente sobre los canapés. ¡Hasta los que frotan los suelos juegan á las damas en esa galería! A mí me cuesta gran trabajo acostumbrarme á esta confusión; no es posible formarse idea de cómo ahora está todo; esto no se parece en absoluto á una corte.»

La jornada de Versailles y de Marli tenía sus horas tristes, que eran las de las comidas, durante las cuales «en Marli se aprende á callar... y en Versailles cada cual come sin decir una palabra.» Y lo propio sucedía en Meudón en casa de Monseñor. «Monseñor habla muy poco, como el rey; creo que éste cuenta las palabras y ha resuelto no pasar nunca de un determinado número

(2) En *La duchesse de Bourgogne*, t. II, del conde de Haussonville, hay extractos de las memorias inéditas del barón de Breteuil.

de ellas.» Pero bien se indemnizaban en otras partes.

En primer lugar, en las mesas de juego. Jugábase más que nunca (1) y el juego era una de las causas de la falta de respeto, pues como el rey, los príncipes y las princesas querían gente que jugase fuerte «y las personas de alta prosapia no son las más ricas, hay que jugar con toda clase de chusma.» Se juega para ganarse la vida, porque «aun cuando ya no se ve dinero, nadie quiere tener un vestido menos;» de aquí que «las mesas de lansquenete parezcan más bien un tráfico triste que una diversión.» Los muy desgraciados se suicidan; en Versailles, en un solo invierno se mataron cuatro oficiales; pero nadie hace caso de esos accidentes. El juego ha llegado á ser de día en día más necesario en esta corte desde que se acabaron las largas series de fiestas. El rey es un dueño de casa que ha de entretener y distraer á sus innumerables invitados, los cortesanos; estos ociosos que no tienen casa, ¿qué harían en las horas en que no miran al rey levantarse, acostarse, comer y pasear? Se aburrirían; se disputarían, intrigarían; por esto al rey no le gusta que sus cortesanos no sean aficionados al juego. «Hay que jugar, y de los que no juegan se dice que para nada sirven.» Ser «jugador fuerte» era casi una función de corté, de cuyo desempeño habíanse encargado determinado número de personas, que el rey algunas veces prestaba á otros; así, en un viaje á Marli no las invitó para no privar de ellas á Monsieur, que estaba en París. Luis XIV hasta tal punto consideraba el juego como cosa seria, que permitía á los jugadores permanecer sentados cuando él pasaba junto á sus mesas.

«Oigo decir todos los días, escribe Madama en 1701: hoy se canta una nueva ópera; mañana se representará una nueva comedia... Este año se han estrenado seis comedias y tres óperas.» El rey no asistía ya á la comedia, de la que hablaba como de un placer perverso. Hubo un momento en que se trató de prohibirlas á instancias de la Sorbona; pero el arzobispo de París y el P. La Chaise hicieron observar que la juventud, si se la privaba de esa diversión, procuraría distraerse en vicios abominables. Fué, pues, un pecado tolerado, y los obispos, que durante mucho tiempo habían tenido siempre reservado para las funciones un asiento que algunas veces ocupara Bossuet, dejaron de asistir á ellas; en cambio, los príncipes, las princesas, los grandes señores y las damas ilustres permanecieron fieles al placer de otro tiempo. La duquesa de Borgoña, Monseñor, la duquesa del Maine y la misma señora de Maintenón daban funciones de comedia en las que se representaban algunas obras de Corneille y muchas de Racine y de Moliere, cuyo *Tartuffe* reapareció en la corte. Poníanse también en escena producciones nuevas, como *El jugador*, de Regnard; *El abogado Patelin*, de Brueys; *El cornudo imaginario*, y las comedias piadosas *Absalón* y *Jonathás*, que hacían llorar á los espectadores. En la familia real y en la corte se encontraban fácilmente comediantes de ambos sexos. «He visto en el teatro de mi despacho, escribe la señora de Maintenón, una deliciosa compañía, compuesta de la señora duquesa de Borgoña, de la duquesa de Noailles, del mariscal de Estrées, de la señorita de Melún, del señor duque de Orleans,

del señor conde de Noailles y del señor duque de Berry.» Príncipes, princesas y señores y damas ilustres vestíanse y adornábanse espléndidamente para la escena. Esos augustos aficionados tomaban lecciones de los cómicos más en boga y no tenían prejuicio alguno contra la gente de teatro, antes al contrario, la duquesa del Maine vestíase de comedianta para recibir á los habituales concurrentes á su mesa de juego, y de la duquesa de Borgoña se decía que tan gustosa bailaríase con un cómico como con un príncipe de la sangre.

Todo el mundo era ó aparentaba ser aficionado á la música, y príncipes y princesas no hablaban más que de «bemol, becuadro, befá, bemí.» Los cortesanos iban á París á oír la ópera y Monseñor obsequió varias veces con tales fiestas á la duquesa de Borgoña; pero también se cantaba, y mucho, en Versailles. Durante el invierno de 1700, la princesa de Conti puso en su teatro la ópera *Alceste*, que cantaron ella, el duque de Borgoña, el duque de Chartres, el conde de Tolosa, el duque de Montfort y el conde de Ayen. El rey oía música todas las noches; una noche del otoño de 1704, en la cámara de la señora de Maintenón gustóle tanto una oda en su loor, cuya música era de Lalande, que la hizo repetir. A veces también cantó su parte en un coro.

A los placeres sedentarios de la mesa, del juego y del teatro juntábanse los bailes. Había «Marlis» á los cuales sólo se invitaba á señoras jóvenes y que se denominaba «Marli gambade.» Los bailes de máscara estuvieron muy de moda y en ellos se cambiaban los trajes varias veces, lo que salía muy caro porque ninguna tela para disfraces costaba menos de ciento cincuenta francos la ana, y si una dama se ponía dos veces el mismo disfraz, decía de ella que «se vestía en una prendería.» El carnaval celebrábase con gran entusiasmo; en el de 1700, abundaron los viajes á Marli, á Meudón y á París.

Finalmente, una parte del día la ocupaba la caza. El rey tenía siempre cerca de él, en sus gabinetes, siete ú ocho perras corredoras á las cuales daba de comer á fin de que le conocieran, y cazaba todas las tardes, hiciera el tiempo que hiciese, volviendo á menudo á palacio empapado de lluvia ó de sudor. No había «quien tirase mejor ni con más gracia que él;» gustábase la caza del ciervo pero en carruaje descubierto, desde que se había roto un brazo en Fontainebleau el año en que murió la reina, y guiaba caballos pequeños tan buenos corredores, que siempre se seguía á los perros y casi nunca se perdía la pieza. Cazaba perdices á caballo y llevaba á las damas á las «tiendas en donde estaban encerrados los lobos que apresaban los lebreles.» Una caballeriza de ochenta caballos servía para sus paseos y cácerías, y su tren de caza y los de los príncipes constaban de un millar de perros. La familia real cazaba en todos los alrededores de París, y los parisenses iban á ver á Monseñor cazar lobos en el Bosque de Bolonia y á sus hijos matar centenares de perdices en la llanura de Saint-Denis.

Una persona atraía todas las miradas y parecía dirigir toda la vida alegre de la corte; era la duquesa de Borgoña que se divertía con todos los placeres. Deploraba su «pasión dominante» por «ese maldito lansquenete» y cuando había cometido «tonterías» en ese

(1) Véase pág. 358.

juego iba á confesarse con su tía Maintenón; y le agradaba representar comedias con trajes y adornos magníficos, de tal manera que en una ocasión, al día siguiente de haber representado el *Absalón* y las *Preciosas*, hubo de meterse en cama después de comer, «fatigada por el peso del vestido, demasiado lleno de pedrerías,» que para aquella función se había puesto. En los bailes de máscaras era objeto de general admiración por sus variados trajes, de reina de *tréfle*, de vieja, de lechera, de Flora, de sultana. Un invierno, estuvo varias semanas sin ver la luz del día. En las cacerías acompañaba al rey vestida con una falda de terciopelo encarnado y una casaca de lo mismo galoneada de oro, y tocada «á la cazadora.» Siempre en movimiento, paseábase en calesa y en burro, hacía avisar á las damas y á las señoras que sabían montar á caballo que estuvieran dispuestas, y dirigía cabalgadas. Bañábase en el río, debajo del puente de Marli, y después del baño se acostaba en la tienda, en donde permanecía hasta la noche. Era un placer para ella, después de tertulias prolongadas hasta el amanecer, regresar á palacio y sorprender al rey en la cama, como hizo una mañana después de pasar una noche divertidísima en Saint-Maur, en casa del señor duque; en aquella ocasión había bailado durante parte de la noche, había atravesado París á las cinco de la madrugada, dado una vuelta por los mercados, oído misa en San Eustaquio y regresado finalmente á Versalles. El rey la dejaba hacer, y cuando la duquesa faltaba á la cena, «una nube de seriedad y de silencio» ensombrecía toda la persona del monarca, el cual, sin embargo, no se quejaba. Cierta día en que entre las muchas diversiones de la jornada aún había sabido la duquesa incluir una partida de naipes en la que se habían juntado los jugadores habituales, Luis XIV dijo á la señora de Maintenón: «¿No era acaso bastante en un solo día una comida, una cabalgada, una cacería y una merienda?» Y añadió: «Ya cuidaré de hacer decir á esos señores que no me hacen bien la corte jugando con la duquesa de Borgoña.» Y después de haber hablado de otras cosas, volvió al mismo tema: «¿No os parece que haré bien haciendo hablar á esos señores?» La señora de Maintenón trató de envalentonarle para que hablase á la misma princesa, y aunque así prometió hacerlo, es muy posible que no lo hiciera.

El día 7 de mayo de 1701, estando el rey en consejo, la señora de Lude pidió permiso para hablarle, y habiendo sido introducida en el despacho, anunció «que al levantarse la señora duquesa de Borgoña, se había visto que al presente hallábase en estado de tener hijos,» lo cual complació en extremo al monarca, que esperaba con impaciencia, y todo el reino con él, el nacimiento de un nuevo heredero de la corona. Un cancionista se hizo intérprete del público anhelo en una canción satírica:

El abuelo estará contento
Y se reirá de la mejor gana
Cuando verá la obra
Del señor duque de Borgoña.

Pero aquella vida que hacía la princesa la extenuaba; en septiembre de 1701 cayó tan enferma que se creyó que se moría; sin embargo se restableció y volvió á las

imprudencias de tal manera, que «malparió» varias veces.

Marido y mujer no se llevaban muy bien. El duque de Borgoña, persuadido de que Dios le había dado un aviso con la enfermedad de la duquesa, había «detestado de todos sus pecados,» del pecado del juego, del de la mesa, del de la comedia, y concurría á todos los ejercicios piadosos. Si la corte estaba en Marli ó en Trianón, él iba á Versalles para asistir á las vísperas y á las preces de la parroquia; comulgaba con frecuencia vistiendo el uniforme de gala de la orden del Espíritu Santo, á fin de honrar mejor el Santo Sacramento, y huía de las frivolidades peligrosas de una sociedad de condenados, refugiándose en su despacho en donde trabajaba en diversas cosas. El rey le hizo entrar en 1699 en el Consejo de los despachos y en 1702 en el Consejo de hacienda y en el supremo, y aunque el príncipe asistía con asiduidad á todos ellos, continuaba estudiando filosofía. «Nada me causa tanto placer como la metafísica y la moral, escribe á Fenelón en 1701; sobre estas materias he compuesto algunas obritas.» En París, adonde otros sólo iban para divertirse, él escuchaba la lectura de una tesis en la Sorbona ó contemplaba en el Jardín real un cerebro humano «arreglado muy propiamente.» De cuando en cuando se procuraba distracciones, que Fenelón denominaba «de seminarista,» ahogando moscas en aceite ó reventando sapos por medio de la pólvora.

Todo lo que había de impetuoso y violento en aquel carácter que se contenía y se refrenaba, concentróse en su amor á su esposa. Era aquel un amor desordenado: «No puede llamarse de otro modo la pasión que por ella siente, dice la señora de Maintenón, y creo que jamás se ha visto otra más desagradable para la causante de la misma y para los espectadores.» La primera mófaba de la devoción crítica de su marido, quien, al decir de ella, presentábase sus miras de tres maneras: «lo bueno, lo mejor y lo perfecto,» como podría hacerlo el señor de Cambrai, y le compadecía por haber hecho un matrimonio mal avenido casándose con una mujer como ella. Una noche, estando en su retrete, sitio en que le gustaba charlar, dijo que si su marido enviudase «se casaría con una hermana de la Caridad ó con una tornera de Santa María.» Pudo observarse que sus ojos, «que eran paseadores,» fijábanse un poco demasiado en dos ó tres rostros, uno de ellos el del P. Polignac; pero es muy probable que tales caprichos no pasaran de las «miradas.»

El matrimonio no gozaba de simpatías. El movimiento perpetuo de la princesa fatigaba á la corte. Niña mimada del rey, tenía envidia la princesa de Conti y la señora duquesa, ésta sobre todo; pero ella por nadie se preocupaba, no se dignaba siquiera ser cortés y se burlaba de las gentes con sobrado ingenio. El duque tenía asombrada á toda la corte excepto á los contadísimos «santos» que en ésta había; con su conducta parecía querer dar lecciones á todo el mundo, al rey, que permitía y aun encargaba tantas fiestas; á Monseñor y á la pequeña corte de Meudón en donde triunfaba la señorita Choin; y desagradaba por su fisonomía, «por aquellas arrugas austeras, por aquellos entrecejos casi involuntarios, por aquel aire afectado y á menudo de censor.» La corte se alarmaba pensando que si llegaba

á reinar, «el ministerio no estaría ya separado de la teología,» y contra el matrimonio tramábanse grandes intrigas. Pero las duras lecciones de los duelos y de los desastres advertirán, enmendarán y transformarán al duque y á la duquesa.

III.—Los duelos y los desastres (1701-1712)

En junio de 1701 falleció Monsieur á consecuencia de un ataque de apoplejía, é inmediatamente Madama, abriendo el escritorio del difunto, apoderóse de las cartas que á éste habían escrito sus favoritos á fin de hacer desaparecer aquellas pruebas de ignominia. La viuda lloró convenientemente al esposo muerto, pero lamentó que el luto le impidiera asistir á las fiestas y comedias que aquel año fueron muy abundantes. El rey se enternecía cada vez que hablaba de su hermano, que bien debía algún afecto á un príncipe que aceptó la nulidad á que por celos le había él condenado; pero no quería que los muertos, ni siquiera tratándose de sus más allegados, trastornasen la vida de la corte. En 1690, la muerte de la delina no había retrasado el viaje á Marli, cuyos salones habíanse llenado de jugadores como de costumbre, y en donde por la tarde se cazaba y se hacía música por la noche. Al día siguiente de la muerte de Monsieur, estando la corte en Marli, el duque de Borgoña preguntó al señor de Montfort si quería jugar á la berlanga; «¿Qué estáis diciendo, Monseñor!», respondió el cortesano. Todavía está caliente el cadáver de Monsieur.» A lo que replicó el duque de Borgoña: «El rey, que no quiere que la gente se aburra en Marli, me ha ordenado que hiciera jugar á todo el mundo.»

El día 24 de junio de 1704 la duquesa de Borgoña dió al fin á luz un hijo, el duque de Bretaña, el cual enfermó en abril de 1705 y murió á fuerza de eméticos y de sangrías: «Aquí, decía Madama, se sangra á los niños de tres meses.» Aquel infante era heredero directo de la corona, y sin embargo el rey se «ocupó enteramente de la felicidad del niño, con relación á las dificultades de la salvación, especialmente para los mayores,» y el duque de Borgoña pareció «animado de los sentimientos de Abraham ofreciendo á su hijo.» En cuanto á la duquesa, su dolor fué «tan prudente, tan moderado, tan santo, que no se le escapó una sola palabra que no encantase á todos.» Algunos días después de la muerte del duque de Bretaña hubo lotería en las habitaciones de la señora de Maintenón y gran partida de juego en las de Chamillart.

Los desastres de guerra se sucedían, pero el rey les ponía la misma cara que á los duelos. Inmediatamente después de haber recibido la noticia de la jornada de Hochstaedt, salió de caza; el P. La Chaize había preparado un discurso de consuelo, mas el rey no esperó á que hablase, sino que él mismo «habló á su confesor con tanta piedad, y tanta resignación á la voluntad de Dios, tanta energía y valor tanto, que nunca le pareció á aquél más digno de admiración.» El año de Ramillies y de Turín, la señora de Maintenón al ver llegar á la vez correos que traían al rey las malas nuevas de Italia, de Flandes y del mar, exclamaba: «Este es el estado de Job. ¡Quiera Dios darle la misma paciencia!» Y el rey, en efecto, la tuvo; nunca se bailó más en la corte que en enero de 1708 en que hubo un baile cada

dos días. Una noche, en una comparsa de máscaras, el rey se puso encima de su traje una toga de gasa.

El año 1708 fué de extrema gravedad. La campaña de Flandes pareció arruinar el honor del duque de Borgoña, que, si no fué el único responsable de la mala dirección de la guerra, pecó por debilidad, por incertidumbre, por fatalismo de devoto. Fenelón censura «su devoción sombría y minuciosa» y que su confesor, que se encierra con él con demasiada frecuencia, se meta á hablarle de cosas de la guerra (1). El príncipe tiene toda clase de escrúpulos: por ejemplo, en el campamento de Sauloye se aloja en una abadía de monjas, y pregunta á Fenelón si esto constituye un pecado; y después de la jornada de Audenarde escribe: «Rezad á Dios más que nunca para que me ilumine y dé valor... y me haga conocer cada vez más mi impotencia y mi pequeñez... No dudo de que la prosperidad me habría engreído y disipado.» Fué un escándalo que no interrumpiese su partida de volante al recibir la noticia de la capitulación de Lila; cuando se hubo tomado la decisión de ir á reconquistar la ciudad, dijo: «Hay que pedir á Dios que todo vaya felizmente,» y durante la marcha pierde un día en Tournai para acompañar una procesión.

En el entretanto, la duquesa de Borgoña era muy desgraciada y en las crisis agudas de su pena corría al lado de la señora de Maintenón, se echaba en sus brazos y lloraba; pero conmovida por los infortunios de su marido, comenzó á amarle y á darle públicos testimonios de su afecto. La señora de Maintenón se sonreía y la admiraba: «No creía que amase al duque de Borgoña hasta el punto que todos vemos... Hasta ayuna por él...; es el último efecto que hubiera podido esperarse de su amistad.» Finalmente, «penetrada de las cosas,» «pasábase las noches en la capilla cuando se la creía acostada y tenía rendidas á sus damas con sus vigiliias.»

En la corte no se hablaba más que de la guerra: «no hay una muchacha que no dé su opinión sobre ella, que no juzgue todas las resoluciones que se adoptan, que no censure todos los pasos que se dan. Todo es desorden y confusión.» Cuando se supo que Lila estaba sitiada, prodújose un verdadero enloquecimiento: «El terror revelábase en todos los semblantes de una manera vergonzosa; si pasaba un caballo que andaba algo de prisa, todos corrían sin saber adónde, y las habitaciones de Chamillart estaban cercadas por lacayos que llegaban hasta la calle.» Las iglesias hallábanse llenas de fieles por haber ordenado el rey rogativas públicas; y sin embargo el monarca soporta sin desfallecer esos nuevos golpes de la suerte. El día en que se entera de que el gobernador Exiles ha entregado aquella plaza antes de que fuese «abierta,» no puede menos de decir «que desde hacía algún tiempo veía cosas extraordinarias y que le costaba trabajo comprender á los franceses.» Pero él «es el único que se mantiene en la misma igualdad de ánimo, de humor y de ocupación.»

En 1709 Francia pareció caer al fondo del abismo; fué aquél el año del terrible invierno del hielo, del hambre, de la peste. En la corte, las hogueras de leña quemaban las caras, sin calentar los cuerpos, y «el agua de la

(1) Véanse págs. 408 y 409.